



Fiódor
Dostoievski

Un corazón débil
El señor Projarchin

Traducción de Alejandro Ariel González



BÄRENHAUS

Fiódor
Dostoievski

Un corazón débil
El señor Projarchin

Traducción de Alejandro Ariel González



BÄRENHAUS

Índice

Un corazón débil.....	9
El señor Projarchin.....	75



Un corazón débil

*Póviest*¹



1 Género en prosa ruso, intermedio entre el cuento y la novela. [N. del T.]

Bajo un mismo techo, en un mismo departamento, en un tercer piso vivían dos jóvenes compañeros de trabajo, Arkadi Ivánovich Nefiédevich y Vasía Shumkov... El autor, por supuesto, siente la necesidad de explicar al lector por qué un protagonista es mencionado por el nombre completo y el otro por el diminutivo, aunque más no sea, por ejemplo, para que no consideren indecoroso y algo informal ese modo de expresarse. Sin embargo, para ello, sería preciso explicar y describir de antemano el rango, la edad, el título, el cargo y, por último, los caracteres de los protagonistas; pero, como hay muchos escritores que comienzan precisamente así, el autor del presente relato, solo con el fin de no semejar a ellos (es decir, como algunos quizás dirán, debido a su ilimitado amor propio), decide empezar directamente por la acción. Así pues, dado por finalizado este preámbulo, el autor comienza.

En la tarde previa a Año Nuevo, a eso de las seis, Shumkov regresó a casa. Arkadi Ivánovich, que estaba acostado, se despertó y miró con el rabillo del ojo a su amigo. Vio que este llevaba su magnífico traje de civil y una impecable pechera. Eso, desde luego,

lo dejó estupefacto. «¿Adónde irá así Vasia? ¡Ni siquiera ha almorzado en casa!». Shumkov, en tanto, encendió una vela, y Arkadi Ivánovich adivinó de inmediato que su amigo se disponía a despertarlo sin querer. En efecto, Vasia tosió dos veces, dio dos vueltas por la habitación y, por fin, sin intención alguna, dejó caer la pipa que se había puesto a llenar en un rincón, junto a la estufa. Arkadi Ivánovich no pudo contener la risa.

12

—¡Vasia, déjate de artimañas! —dijo.

—Arkasha, ¿no duermes?

—En verdad, no puedo afirmarlo con certeza; me parece que no duermo.

—¡Ay, Arkasha! ¡Buenas tardes, querido! ¡Ay, hermano! ¡Ay, hermano!... ¡No sabes lo que te contaré!

—Pues ni idea. A ver, acércate.

Vasia, como si aguardara aquello, enseguida se acercó sin esperar, por lo demás, la perfidia de Arkadi Ivánovich, quien lo tomó con agilidad de las manos, lo giró, lo retorció bajo su cuerpo y comenzó, como suele decirse, a «estrangular» a su pequeña víctima, lo cual, por lo visto, le proporcionaba un inmenso placer.

—¡Te tengo! —gritó—. ¡Te tengo!

—¡Arkasha, Arkasha! ¿Qué haces? ¡Suéltame, por Dios, suéltame; me mancharé el frac!...

—No lo necesitas. ¿Para qué quieres un frac? ¿Por qué eres tan crédulo que te dejas sorprender? Dime adónde has ido, dónde has comido.

—¡Arkasha, por Dios, suéltame!

—¿Dónde has comido?

—Pues eso mismo es lo que quiero contarte.

—Entonces cuenta.

—Pero antes suéltame.

—¡Pues no, no te soltaré hasta que no me cuentes!

—¡Arkasha, Arkasha! ¿No comprendes que así no se puede, que así es imposible? —exclamó el débil Vasia, librándose de las firmes garras de su amigo—. Hay asuntos que...

—¿Qué asuntos?...

—Pues asuntos que, si uno se pone a contar en esta posición, pierde toda la dignidad; es imposible, resultaría gracioso, y el asunto no tiene nada de gracioso, sino que es serio.

—¡Y dale con la seriedad! ¡Lo que te inventas! Cuéntamelo de tal modo que me den ganas de reír; así cuéntamelo; no quiero cosas serias, si no, ¿qué clase de amigo eres?, dime qué clase de amigo eres, ¿eh?

—¡Arkasha, te lo juro, así no se puede!

—No quiero ni oír...

—¡Bueno, Arkasha! —comenzó Vasia, acostado de través en la cama y tratando con todas sus fuerzas de conferir la mayor seriedad posible a sus palabras—. ¡Arkasha! Te lo diría, solo que...

—¡Pues dilo!

—Bueno, ¡me he comprometido!

Arkadi Ivánovich, sin decir una palabra de más, tomó en silencio a Vasia, como a un niño en sus brazos, pese a que Vasia no era en absoluto de baja estatura, sino bastante alto, aunque muy delgado, y lo llevó de una punta a la otra de la habitación, fingiendo que lo mecía.

—Pues ahora te fajaré, novio —dijo.

Pero, al ver que Vasia reposaba en sus brazos sin moverse y sin decir una palabra, enseguida recapacitó y comprendió que, por lo visto, había ido demasiado lejos con la broma; lo plantó en medio de la habitación y, del modo más sincero y amistoso, le estampó un beso en la mejilla.

—Vasia, ¿no te enojas?...

—Arkasha, escucha...

14

—Vamos, una broma de Año Nuevo.

—Pues no me molesta; aunque, ¿por qué eres tan alocado, tan calavera? ¿Cuántas veces te he dicho: «Arkasha, te lo juro, no es gracioso, no es nada gracioso»?

—Bueno, ¿entonces no estás enojado?

—Te digo que no. Además, ¿con quién me enojo yo nunca? Pero me has amargado, ¿comprendes?

—¿Cómo que te he amargado? ¿De qué manera?

—He venido a verte como a un amigo, con el corazón rebosante, a desahogar mi alma, a contarte mi felicidad...

—Pero ¿qué felicidad? ¿Por qué no hablas de una vez?...

—¡Bueno, pues eso, que me caso! —respondió con enfado Vasia, que en efecto estaba algo irritado.

—¡Tú! ¡Tú te casas! ¿De veras? —gritó a voz en cuello Arkasha—. No, no... pero ¿qué es eso? ¡Y habla de ese modo, y derrama lágrimas!... ¡Vasia, Vasiuk mío, hijito mío, ya basta! ¿De veras te casas? —Y Arkadi Ivánovich volvió a estrecharlo entre sus brazos.

—Bueno, ¿comprendes ahora lo que pasa? —dijo Vasia—. Tú eres bueno, eres mi amigo; yo eso lo sé. Vengo a verte con tanta alegría, con tan sincero entusiasmo, y de pronto toda la alegría de mi corazón, todo ese entusiasmo, debo revelarlo retorcido en la cama, de un modo indigno... ¿Comprendes, Arkasha? —continuó Vasia, riendo a medias—, eso era algo cómico, y yo en cierto sentido no era dueño de mí mismo en ese momento. No podía rebajar un asunto así... Si encima me hubieras preguntado cómo se llama, te juro que habría preferido que me mataras antes que responderte.

—Pero, Vasia, ¿por qué callabas? Si me lo hubieras dicho todo de entrada, no me habría puesto a hacer travesuras —exclamó Arkadi Ivánovich con genuina desesperación.

—¡Bueno, ya basta, basta! Solo era un decir... Ya sabes de dónde viene todo: de mi buen corazón. Solo me fastidia no habértelo dicho como quería, alegrarte, complacerte, contártelo bien, confiártelo como se debe... De veras, Arkasha, te quiero tanto que, si no fuera por ti, creo que no me casaría y que no podría vivir en absoluto en este mundo.

Arkadi Ivánovich, que era sumamente sensible, reía y lloraba al escuchar a Vasia. Vasia hacía lo propio. Los dos volvieron a estrecharse en un abrazo y se olvidaron de lo sucedido.

—Pero ¿cómo es eso, cómo es eso? ¡Cuéntamelo todo, Vasia! Discúlpame, hermano, pero estoy aturrido, completamente aturrido. ¡Es como si me hubiera caído un rayo, te lo juro! ¡Pero no, hermano, no, es una invención tuya, de veras, es una invención tuya!

¡Me has mentido! —gritó Arkadi Ivánovich, e incluso miró a Vasía a la cara con auténtico recelo, pero, al ver en ella la radiante confirmación de la inquebrantable intención de casarse cuanto antes, se echó en la cama y comenzó a dar tales volteretas de exaltación que las paredes temblaban—. ¡Vasía, siéntate aquí! —exclamó tras sentarse por fin en la cama.

—¡Es que, hermano, de veras, no sé siquiera cómo y por dónde empezar!

16

Los dos se miraban en alegre agitación.

—¿Quién es ella, Vasía?

—¡Una Artémieva!... —dijo Vasía, con voz débil de la dicha.

—¿En serio?

—Bueno, te estuve zumbando en los oídos acerca de ellas; después me callé, y tú no reparaste en nada. ¡Ay, Arkasha, cuánto me costó ocultártelo! Temía, temía decírtelo. Pensaba que todo podría salir mal, ¡y tú sabes que estoy enamorado, Arkasha! ¡Dios mío, Dios mío! Pues mira, así es la historia —comenzó, deteniéndose a cada momento a causa de la emoción—: hace un año, ella tenía un novio al que, de pronto, trasladaron no recuerdo adónde; yo lo conocía, era un tipo... de veras, ¡que Dios lo ampare! Vamos, no dio más señales de existencia. Lo esperan y lo esperan. ¿Qué significaría aquello?... De pronto, hace cuatro meses, regresa casado y ni pisa su casa. ¡Una grosería! ¡Una ruindad! No había nadie que intercediera por ellas. La pobre lloraba y lloraba, y yo me enamoré de ella... aunque en verdad ya hacía mucho que lo estaba, ¡siempre lo he estado! Empecé

a consolarla, a visitarla una y otra vez... bueno, yo, a decir verdad, no sé cómo sucedió todo esto, pero lo cierto es que ella se enamoró también de mí. Hace una semana no me contuve más, rompí en llanto, en sollozos y se lo dije todo... bueno, que la amaba... en una palabra, ¡todo!... «Yo también estoy dispuesta a amarlo, Vasili Petróvich, pero soy una pobre muchacha; no se burle de mí; no me atrevo a amar a nadie». Bueno, hermano, ¿comprendes?... Ahí nos comprometimos de palabra. Yo pensé y pensé, pensé y pensé. Le digo: «¿Cómo se lo diremos a tu madrecita?». Ella me dice: «Es difícil, espere un poquito; tiene temor, es probable que ahora no acepte su propuesta; ella también sigue llorando». Yo no dije nada, pero hoy se me ha escapado delante de la vieja. Lizañka se prostró de rodillas ante ella; yo también... bueno, y nos ha dado la bendición. ¡Arkasha, Arkasha! ¡Querido mío! Vamos a vivir juntos. ¡No! Yo de ti no me separo por nada del mundo.

—Vasia, por mucho que te mire, no lo creo, te lo juro; me cuesta creerlo, te doy mi palabra. De veras, todo esto me parece algo... Escucha, ¿cómo es eso de que te casas?... ¿Cómo yo no lo sabía, eh? De veras, Vasia, debo confesarte que yo también, hermano, pensaba casarme; pero si ahora el que se casa eres tú, ¡me da lo mismo! ¡Bueno, que seas feliz, que seas feliz!...

—Hermano, ahora siento tal dulzura en el corazón, tal levedad en el alma... —dijo Vasia, que se había levantado y caminaba agitado por la habitación—. ¿No es verdad, no es verdad? ¿No sientes acaso lo mismo? Viviremos pobremente, por supuesto, pero seremos

felices; y no se trata de una quimera, nuestra dicha no está sacada de un libro, ¡seremos en verdad felices!...

—¡Vasia, Vasia, escucha!

—¿Qué? —dijo Vasia, deteniéndose ante Arkadi Ivánovich.

—Se me ha ocurrido una idea; a decir verdad, me da algo de temor decírtela... Perdóname, pero despeja mis dudas. ¿De qué vas a vivir? A mí, ¿sabes?, me entusiasma mucho que te cases, por supuesto, y cuando estoy entusiasmado no puedo controlarme a mí mismo, pero ¿de qué vas a vivir, eh?

18

—¡Ay, Dios, Dios mío! ¡Cómo eres, Arkasha! —dijo Vasia, mirando con profundo asombro a Nefiédevich—. ¡Mira lo que estás diciendo! Ni la vieja lo pensó dos minutos cuando le expuse todo con claridad. ¡Pregunta mejor de qué han vivido ellas! Quinientos rublos al año para tres personas: esa es toda la pensión que reciben desde que falleció el padre. Con eso vive ella, la vieja y un hermanito al que le pagan la escuela con esa misma pensión. ¡Así se las arreglan! ¡Solo tú y yo somos unos capitalistas! En un buen año yo puedo llegar a ganar hasta setecientos rublos.

—Escucha, Vasia. Discúlpame; yo, te juro... yo solo... lo digo pensando en que todo salga bien... ¿de qué setecientos hablas? Solo son trescientos...

—¡Trescientos!... ¿Y Iulián Mastakóvich? ¿Te has olvidado de él?

—¡Iulián Mastakóvich! Pero, hermano, ya sabes que ese asunto no es nada seguro; no son trescientos rublos de sueldo fijo, donde cada rublo es un amigo fiel. Iulián Mastakóvich, por supuesto, bueno, es

incluso un gran hombre, yo lo respeto, lo comprendo pese a que esté tan encumbrado, y te juro que lo aprecio porque él a ti te quiere y te regala algo por tu trabajo cuando bien podría no pagarte y encomendárselo a un funcionario; pero convén, Vasia... Escucha, que no estoy diciendo una tontería; estoy de acuerdo con que en toda Petersburgo no hay una letra mejor que la tuya, eso te lo concedo —concluyó Nefiédevich no sin entusiasmo—, pero ¿y si de pronto, Dios no lo permita, no le gustas, si de pronto no lo complaces, si de pronto los asuntos se interrumpen, si de pronto toma a otro? Bueno, en fin, ¿quién sabe lo que puede suceder? Iulián Mastakóvich puede desaparecer así como apareció, Vasia...

—Escucha, Arkasha, si vamos a pensar así, también ahora se nos podría venir el techo abajo...

—Bueno, por supuesto, por supuesto... No lo digo por...

—No, escúchame, tú escúchame a mí. No veo de qué manera podría despedirme... No, tú solo escucha, escucha. Yo todo lo hago con diligencia y él es muy bueno. ¡Hoy, Arkasha, me ha dado cincuenta rublos en plata!

—¿En serio, Vasia? ¿Un premio?

—¡Y qué premio! De su propio bolsillo. Me dice: «Tú, hermano, ya hace cinco meses que no recibes dinero; si quieres, toma; te agradezco, estoy muy contento contigo, gracias»... ¡Te juro! «No por nada trabajas para mí», me dice... ¡de veras!, así fue como dijo. A mí me corrían las lágrimas, Arkasha. ¡Dios santo!

—Escucha, Vasia, ¿has terminado aquellos papeles?...

—No... aún no.

—¡Vá... sieńka! ¡Ángel mío! ¿Qué has estado haciendo?

—Escucha, Arkadi, no hay problema; aún quedan dos días de plazo, haré a tiempo...

—¿Cómo es que no los has escrito?...

20 —¡Bueno, bueno! ¡Me miras con una cara que se me revuelven las entrañas y me duele el corazón! A ver, ¿qué tiene? ¡Siempre me miras de esa manera! Es para gritar: «¡¡¡Ah-ah-ah-ah!!!». Piensa, ¿qué tiene de malo? Los terminaré, te lo juro, los terminaré...

—¿Y si no los terminas? —exclamó Arkadi, levantándose de un salto—. ¡Y él hoy te ha dado un premio! Y te vas a casar... ¡Ay, ay, ay!...

—No pasa nada, no pasa nada —exclamó Shumkov—. Ahora mismo me siento, ya mismo me siento. ¡No pasa nada!

—¿Cómo se te ha podido olvidar, Vasiutka?

—¡Ay, Arkasha! ¿Acaso he podido ponerme con eso? ¿Estaba yo para esas cosas? Apenas si he podido estar sentado en la oficina; no podía aguantar los latidos de mi corazón... ¡Ay, ay! Ahora me quedaré toda la noche, y también la de mañana y la de pasado y lo terminaré...

—¿Te falta mucho?

—No me molestes, por Dios, no me molestes; cállate...

Arkadi Ivánovich se acercó de puntillas a la cama y se sentó; después, de pronto, atinó a levantarse,

pero otra vez se vio obligado a sentarse al recordar que podía molestar, si bien no podía permanecer quieto de la emoción; se veía que aquella noticia lo había trastornado y la primera ola de entusiasmo aún seguía bullendo en él. Miró a Shumkov; este lo miró a él, sonrió, lo amenazó con el dedo y después, frunciendo el entrecejo de un modo extraño (como si en ello residiera toda la fuerza y todo el éxito del trabajo), clavó la vista en los papeles.

Parecía que él tampoco se había sobrepuesto aún a su emoción; cambiaba de pluma, se revolvió en la silla, se volvía a acomodar, otra vez se ponía a escribir, pero la mano le temblaba y se negaba a moverse.

—¡Arkasha! Les he hablado de ti —exclamó de pronto, como si acabara de recordarlo.

—¿Sí? —exclamó Arkadi—, pues justo iba a preguntártelo. ¿Y bien?

—Bueno, luego te lo contaré todo. Vaya, de veras, yo mismo tengo la culpa; se me ha ido de la mente que me había prometido no decir nada hasta que no escribiera cuatro hojas; pero me he acordado de ti y de ellas. La verdad es que no puedo escribir, hermano; todo el tiempo pienso en ustedes... —Vasia sonrió.

Sobrevino un silencio.

—¡Puf! ¡Qué pluma horrible! —exclamó Shumkov, golpeándola con fastidio contra la mesa. Tomó otra.

—¡Vasia! ¡Escucha! Una palabra...

—¡Está bien! Rápido y por última vez.

—¿Te falta mucho?

—¡Ay, hermano!... —Vasia frunció el ceño como si en el mundo no hubiese nada más terrible y criminal que esa pregunta—. ¡Mucho, espantosamente mucho!

—¿Sabes?, se me ha ocurrido una idea...

—¿Qué?

—Pero no, no, mejor escribe.

—Vamos, ¿qué?, ¿qué?

—¡Ya son más de las seis, Vasiuk!

22 Ahí Nefiédevich sonrió e hizo un guiño astuto a Vasia, pero, sin embargo, con algo de timidez, sin saber cómo tomaría aquello.

—Bueno, ¿qué? —dijo Vasia, dejando por completo de escribir, mirándolo directo a los ojos y hasta palideciendo de expectación.

—¿Sabes qué?

—Por Dios, ¿qué?

—¿Sabes qué? Estás excitado y no podrás trabajar mucho... Espera, espera, espera, espera... veo, veo... ¡escucha! —dijo Nefiédevich, saltando de entusiasmo de la cama, no dejando hablar a Vasia y haciendo lo imposible para evitar una réplica—: Primero es necesario que te serenes y cobres ánimo, ¿no es cierto?

—¡Arkasha! ¡Arkasha! —exclamó Vasia, saltando del sillón—. ¡Me quedaré toda la noche, te lo juro, me quedaré toda la noche!

—¡Bueno, sí, sí! Solo te dormirás al amanecer...

—No dormiré, no dormiré por nada del mundo...

—No, es imposible, es imposible; claro que dormirás; vete a dormir a las cinco. A las ocho te despertaré.

Mañana es día de fiesta, puedes estarte todo el día garabateando... Después otra noche y... ¿es mucho lo que te falta?...

—¡Pues mira, mira!...

Vasia, temblando de entusiasmo y de expectación, mostró el cuaderno.

—¡Mira!...

—Oye, hermano, no es tanto...

—Querido, allí tengo más —dijo Vasia, mirando con toda timidez a Nefiédevich, como si de este de-
pendiera la decisión de ir o no.

—¿Cuánto?

—Dos... hojitas...

—Bueno, ¿y qué? A ver, escucha. Haremos a tiempo, te lo juro, haremos a tiempo.

—¡Arkasha!

—¡Vasia! ¡Escucha! En vísperas de Año Nuevo todos se reúnen en familia; solo tú y yo no tenemos hogar y somos huérfanos... ¡Ay, Vásieñka!...

Nefiédevich aferró a Vasia y lo atenazó entre sus brazos de león...

—¡Arkadi, está resuelto!

—Vasiuk, solo esto es lo que quería decirte. ¡Vaya, Vasiuk, qué torpe eres, querido! ¡Escucha! ¡Escucha! Es que...

Arkadi se detuvo boquiabierto porque no podía hablar de la emoción. Vasia lo agarraba de los hombros, lo miraba con los ojos bien abiertos y movía los labios como si quisiera hablar por él.

—¿Y bien? —dijo por fin.

—¡Preséntamelas hoy!

—¡Arkadi! ¡Vayamos allí a beber el té! ¿Sabes qué? ¿Sabes qué? No nos quedaremos hasta Año Nuevo; nos iremos antes —exclamó Vasia con genuina inspiración.

—Es decir, dos horas, ¡ni más ni menos!...

—Y después nos separaremos hasta que yo termine...

—¡Vasiuk!...

—¡Arkadi!

24 Tres minutos después, Arkadi estaba vestido de gala. Vasia solo se pasó el cepillo, pues se había puesto a trabajar con tanto celo que no se había quitado la chaqueta.

Salieron aprisa a la calle, uno más alegre que el otro. El camino iba del Lado de Petersburgo a Kolomna.² Arkadi Ivánovich media los pasos con ánimo y energía, de modo que su solo andar develaba todo su júbilo por la dicha de Vasia, que cada vez era más feliz. Vasia daba pasitos más cortos, pero sin perder la dignidad. Al contrario, Arkadi Ivánovich jamás lo había visto bajo una luz más ventajosa para él. En ese momento incluso parecía que lo respetaba más, y el conocido defecto físico de Vasia, que hasta ahora ignora el lector (Vasia era un poco contrahecho) y que siempre suscitaba un profundo y afectuoso sentimiento de compasión en el buen corazón de Arkadi Ivánovich, ahora contribuía a ahondar la ternura que su amigo alimentaba por él, ternura que Vasia,

2 Antiguos nombres de barrios de San Petersburgo, en aquel entonces retirados del centro. [N. del T.]

por supuesto, merecía en todo sentido. Arkadi Ivánovich sentía hasta ganas de llorar de la felicidad, pero se contenía.

—¿Adónde vas, adónde vas, Vasia? ¡Por aquí cortamos camino! —exclamó, al ver que Vasia se disponía a girar hacia la avenida Voznesiensi.

—Cállate, Arkasha, cállate...

—De veras, Vasia, por aquí es más rápido.

—¡Arkasha! ¿Sabes qué? —comenzó Vasia, con voz misteriosa y entrecortada por la alegría—. ¿Sabes qué? Quiero llevarle un regalito a Lizañka...

25

—¿Qué cosa?

—Aquí en la esquina, hermano, está *madame Leroux*, ¡una tienda magnífica!

—¡Ah, bueno!

—Una cofia, querido, una cofia; hoy he visto una cofia pequeñita, encantadora; pregunté y me dijeron que es de estilo Manon Lescaut, ¡una maravilla! Toda con cintas color guinda, y si no es muy cara... ¡Y aunque sea cara, Arkasha!...

—¡Me parece que tú superas a todos los poetas, Vasia! ¡Vamos!...

Corrieron y dos minutos después entraron en la tienda. Los recibió una francesa de ojos negros y pelo rizado que enseguida, en cuanto vio a sus clientes, se puso tan alegre y feliz como ellos, e incluso más, si es posible decirlo. Vasia, del entusiasmo, estaba dispuesto a besuquear a *madame Leroux*...

—¡Arkasha! —dijo a media voz, echando un habitual vistazo a todo lo bello y lo sublime que se exhibía sobre pequeños soportes de madera en el gran

mostrador de la tienda—. ¡Qué maravillas! ¿Qué es esto? ¿Y esto otro? Eso, por ejemplo, es un bomboncito, ¿lo ves? —susurró Vasia, señalando una bonita cofia que estaba en un extremo, pero que no era la que él quería comprar, porque ya de lejos había contemplado y clavado los ojos en aquella otra, la auténtica, la famosa, que se hallaba en el otro extremo. La miraba de tal modo que podría pensarse que alguien agarraría y la robaría o que la propia cofia, precisamente para evitar caer en manos de Vasia, se echaría a volar por los aires.

—Esa de ahí —dijo Arkadi Ivánovich señalando una—, esa de ahí, para mí, es la mejor.

—¡Bueno, Arkasha! Eso incluso te hace honor; de veras, comienzo a sentir un singular respeto por tu buen gusto —dijo Vasia con picardía; presa del enternecimiento, recurría a astucias con Arkasha—. Es un encanto tu cofia, pero ven aquí.

—¿Cuál es mejor, hermano?

—¡Pues mira esta!

—¿Esta? —dijo Arkadi, vacilante.

Pero cuando Vasia, ya sin fuerzas para contenerse, la tomó del soporte y esta, de pronto, pareció desprenderse de él por su cuenta, como alegre de haber hallado tan buen comprador después de una larga espera; cuando crujieron todas sus cintas, volantes y encajes, un inesperado grito de entusiasmo se escapó del recio pecho de Arkadi Ivánovich. Hasta *madame Leroux*, que mantenía toda su indudable dignidad y preeminencia en cuestiones de gustos, y que durante la elección solo había callado por condescendencia,

premió a Vasia con una sonrisa cabal de aprobación, de modo que toda su persona, su mirada, sus gestos y aquella sonrisa dijeron de golpe: «¡Sí! Ha usted adivinado y merece la felicidad que lo espera».

—¡Has coqueteado, coqueteado en soledad! —exclamó Vasia, depositando todo su amor en la pequeña cofia—. ¡En vano te escondías, bribona, querida mía! —Y la besó, es decir, besó el aire que la rodeaba, porque temía rozar su tesoro.

—Así se oculta el verdadero mérito y la verdadera virtud —añadió Arkadi con entusiasmo, citando con humor una frase de un periódico satírico que había leído por la mañana—. ¿Y bien, Vasia, qué te parece?

—¡Bravo, Arkasha! Tú también dices agudezas hoy; causarás furor, como dicen entre ellas las mujeres; te lo predigo. ¡*Madame Leroux, madame Leroux!*

—Mande usted.

—¡Querida, *madame Leroux!*...

Madame Leroux miró a Arkadi Ivánovich y sonrió con indulgencia.

—Usted no creerá cuánto la adoro en este momento... Permítame besarla. —Y Vasia besó a la vendedora.

Definitivamente, esta tuvo que recurrir a toda su dignidad para guardar la compostura ante semejante pillo. Pero sostengo que toda la innata y genuina amabilidad y la gracia con las que *madame Leroux* acogió el entusiasmo de Vasia también eran necesarias. Lo disculpó, ¡y con qué tacto y gracia supo conducirse en ese lance! ¿Acaso era posible enfadarse con Vasia?



BÄRENHAUS
EDITORIAL